

EL ALZAMIENTO DE PASCUA Y EL ORIGEN DEL IRA

DOS CUENTOS DE BORGES SOBRE TRAIDORES Y HÉROES

LAS LEYENDAS DELTAS

IRLANDA 1916

JOVENES BARBAROS

Jóvenes bárbaros es una revista independiente, ligada al proyecto cultural y político del Movimiento Social Republicano. Un partido patriota, revolucionario y europeo que combate contra el sistema vigente y por la creación de un Orden Social más justo y más humano.

Jóvenes bárbaros es una revista ecológica, políticamente incorrecta, que no daña la naturaleza y trata de recuperar y presentar de una forma juvenil la historia europea, a modo de ejemplo para los combates por llegar.

En portada. Mural republicano irlandés en las calles de Belfast, conmemorando El alzamiento de Pascua de 1916



Editorial

La Primera Guerra Mundial es uno de los sucesos más terribles y olvidados de la historia moderna de Europa. Supuso el suicidio del orden burgués, incapaz de impedir las grandes matanzas; el final de los Imperios Europeos, el ruso, el austro-húngaro, el alemán y el inglés (aunque este sobreviviese hasta el final de la Segunda Guerra Mundial). Fue un momento horrible para la demografía europea, en que nuestro continente sufrió una sangría de la que aún no se ha recuperado.
Entre las pocas cosas favorables de aquella guerra puede sin embargo verse la forma en que se liberaron los espíritus nacionales. En toda Europa se produjo una revolución espiritual que superó las divisiones sociales cuando soldados de las distintas clases sociales compartieron unos mismos esfuerzos y sufrimientos en el frente y se liberaron de todo aquello que tiene de rutinario y bajo el mundo burgués y descubrieron el amor al riesgo, la camaradería, y ese socialismo de las trincheras que invocó Strasser en sus escritos. La Guerra de 1914 destruyó mucho pero dejó tras de sí las semillas de una nueva manera de entender el nacionalismo y el pueblo.

Países que parecían condenados a no existir nunca más resucitaron. Ese fue el caso de Polonia, Finlandia o Irlanda. Aunque esos nacionalismos no sean los nacionalismos revolucionarios que normalmente estudiamos, merece la pena verlos de cerca. La Irlanda que se alzó en 1816 y tuvo su primera dosis de autogobierno en 1921 era realmente una nación proletaria, a la que una larga ocupación extranjera había privado de toda posibilidad de desarrollo y reducido durante largos periodos de su historia a la miseria cuando no al hambre. El hecho de que su revuelta no concluyera con un estado nacional y social en el sentido que nosotros propugnamos no quita valor a su revuelta contra un imperio, el inglés, que en aquel momento era el más poderoso del mundo.

HTTP://WWW.MSR.ORG.ES/

En 1916, después de varios siglos de ocupación extranjera, la colonia más antigua del Imperio Inglés se alzó, una vez más, esta vez de forma definitiva contra el invasor inglés.

El Alzamiento de Pascua

El Alzamiento de Pascua (Éirí Amach na Cásca) fue el nombre dado a la rebelión que tuvo lugar en Irlanda contra la autoridad del Reino Unido, el lunes de Pascua de abril de 1916. La rebelión constituyó el más conocido intento de tomar el control de Irlanda por parte de los republicanos para lograr la independencia del Reino Unido.

Este intento revolucionario republicano se produjo del 24 de abril al 30 de abril de 1916, cuando parte de los Voluntarios Irlandeses (brazo armado de la Irish Republican Brotherhood o IRB), encabezados por el maestro y abogado Patrick Pearse, así como el reducido Ejército Ciudadano Irlandés del sindicalista James Connolly tomaron posiciones clave de la ciudad de Dublín, donde proclamaron la República Independiente de Irlanda. El acontecimiento suele interpretarse como el momento clave del proceso de independencia irlandesa, aunque también marcó la división entre republicanismo y nacionalismo irlandés, que hasta el momento había aceptado la promesa de una autonomía limitada bajo la Corona británica, plasmada en la tercera Ley de gobierno autónomo (o Home Rule en inglés), que había sido aprobada en 1914 y suspendida durante la Primera Guerra Mundial. La rebelión fue suprimida luego de seis días de sangrientos enfrentamientos, pero dejó tras de sí las semillas de una revolución victoriosa que no tardaría en llegar.

POBLACHT NA H EIREANN.

THE PROVISIONAL GOVERNMENT OF THE IRISH REPUBLIC TO THE PEOPLE OF IRELAND.

IRISHMEN AND IRISHWOMEN: In the name of God and of the dead generations from which she receives her old tradition of nationhood, Ireland, through us, summons her children to her flag and strikes for her freedom.

Having organised and trained her manhood through her secret revolutionary organisation, the Irish Republican Brotherhood, and through her open military organisations, the Irish Volunteers and the Irish Citizen Army, having patiently perfected her discipline, having resolutely waited for the right moment to reveal itself, she now seizes that moment, and, supported by her exiled children in America and by gallant allies in Europe, but relying in the first on her own strength, she strikes in full confidence of victory.

We declare the right of the people of Ireland to the ownership of Ireland, and to the unfettered control of Irish destinies, to be sovereign and indefeasible. The long usurpation of that right by a foreign people and government has not extinguished the right, nor can it ever be extinguished except by the destruction of the Irish people. In every generation the Irish people have asserted their right to national freedom and sovereignty; six times during the past three hundred years they have asserted it in arms. Standing on that fundamental right and again asserting it in arms in the face of the world, we hereby proclaim the Irish Republic as a Sovereign Independent State, and we pledge our lives and the lives of our comrades-in-arms to the cause of its freedom, of its welfare, and of its exaltation among the nations.

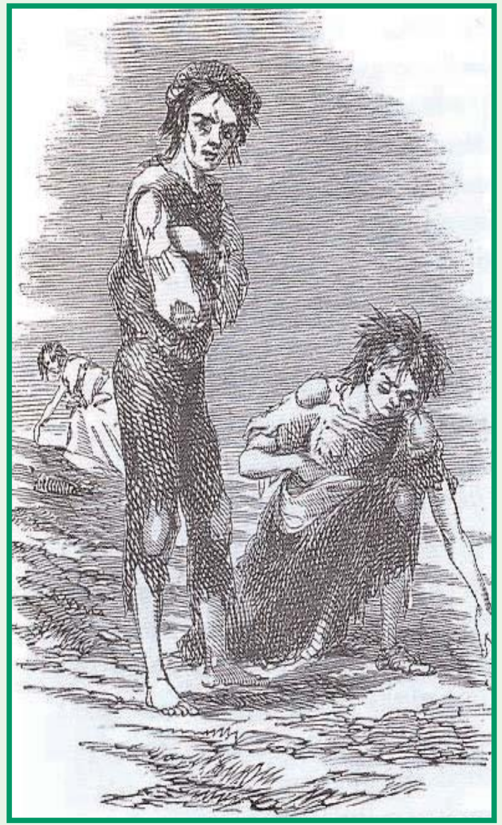
The Irish Republic is entitled to, and hereby claims, the allegiance of every Irishman and Irishwoman. The Republic guarantees religious and civil liberty, equal rights and equal opportunities to all its citizens, and declares its resolve to pursue the happiness and prosperity of the whole nation and of all its parts, cherishing all the children of the nation equally, and oblivious of the differences carefully fostered by an alien government, which have divided a minority from the majority in the past.

Until our arms have brought the opportune moment for the establishment of a permanent National Government, representative of the whole people of Ireland and elected by the suffrages of all her men and women, the Provisional Government, hereby constituted, will administer the civil and military affairs of the Republic in trust for the people.

We place the cause of the Irish Republic under the protection of the Most High God, Whose blessing we invoke upon our arms, and we pray that no one who serves that cause will dishonour it by cowardice, inhumanity, or rapine. In this supreme hour the Irish nation must, by its valour and discipline and by the readiness of its children to sacrifice themselves for the common good, prove itself worthy of the august destiny to which it is called.

Signed on Behalf of the Provisional Government,

THOMAS J. CLARKE.
SEAN Mac DIARMADA. THOMAS MacDONAGH.
P. H. PEARSE. EAMONN CEANNT.
JAMES CONNOLLY. JOSEPH PLUNKETT.



El hambre

Se denomina la Gran hambruna irlandesa (en inglés Great Famine o Great Hunger y en irlandés An Gorta Mór o An Drochshaol) a la situación de falta de alimentos ocurrida en Irlanda causada entre otros motivos por la escasez entre los años

Planificación del alzamiento

El Alzamiento de Pascua fue llevado a la práctica por los Voluntarios Irlandeses, pero la planificación corrió a cargo de la Hermandad Republicana Irlandesa (Irish Republican Brotherhood).

Poco después del estallido de la Primera Guerra Mundial el 4 de agosto de 1914, el Consejo Supremo de la IRB se reunió y, bajo la premisa que dice que "los apuros de Inglaterra son las oportunidades de Irlanda", decidió pasar a la acción poco antes del final de la guerra. Con este fin, el tesorero de la IRB, Tom Clarke formó un comité militar que había de planificar el alzamiento, formado en un principio por Pearse, Éamonn Ceannt y Joseph Plunkett, y al que se incorporarían poco más tarde Clarke y Sean MacDermott. Todos excepto Clarke eran miembros tanto de la IRB como de los Voluntarios Irlandeses. Desde su fundación en 1913, los miembros de la IRB se habían infiltrado en la organización de los Voluntarios, promoviendo desde su interior la ascensión de miembros de la IRB al rango de oficiales, por lo que en 1916 buena parte de los altos cargos de los Voluntarios eran republicanos. Una excepción notable fue la del fundador Eoin MacNeill, que estaba decidido a utilizar a los Voluntarios como moneda de cambio con el Reino Unido tras la Primera Guerra Mundial, y que se opuso a cualquier rebelión que no tuviese garantías de éxito.

El plan encontró la primera traba importante cuando James Connolly, jefe del Ejército Ciudadano Irlandés, un grupo de sindicalistas armados, que ignoraba por completo los planes de la IRB, amenazó con iniciar una rebelión por su cuenta si los otros partidos se negaban a pasar a la acción. Puesto que el ICA (Ejército Ciudadano Irlandés) a penas tenía 200 integrantes, cualquier acción en la que se embarcasen resultaría en un fiasco, y arruinaría las posibilidades de éxito del alzamiento de los Voluntarios. Así, los líderes de la IRB se reunieron con Connolly y le persuadieron de unirse a ellos. Acordaron actuar conjuntamente la siguiente Semana Santa.

Con el fin de neutralizar a los informadores y al propio cabecilla de los Voluntarios, a principios de

abril Pearse dio orden de organizar tres días de "desfiles y maniobras" de los Voluntarios coincidiendo con el domingo de Pascua (para lo que tenía autoridad en calidad de director de la organización). La idea era que los verdaderos republicanos de la organización (especialmente los miembros de la IRB) sabrían perfectamente lo que esto significaba, mientras que hombres como MacNeill y las autoridades británicas del Castillo de Dublín -sede del poder militar inglés en Irlanda- lo interpretarían literalmente. Por supuesto esto era demasiado suponer, ya que MacNeill percibió pronto lo que se estaba cociendo y amenazó con "hacer todo lo posible excepto llamar al Castillo de Dublín" para impedir el alzamiento. Aunque se le convenció de participar en algún tipo de acción cuando MacDermott le informó de un carguero de armas alemanas que estaba a punto de atracar en el Condado de Kerry, encargado por la IRB en colaboración con Sir Roger Casement (que irónicamente acababa de llegar a Irlanda para posponer el alzamiento), al día siguiente MacNeill volvió a su postura original tan pronto como averiguó que el barco había sido hundido. Con la ayuda de sus partidarios, especialmente Bulmer Hobson y los O'Rahilly, dio contraorden a todos los Voluntarios de que cancelasen todas las acciones programadas para el domingo. No obstante, esto sólo sirvió para retrasar el alzamiento un día y reducir considerablemente el número de insurgentes participantes.

El plan elaborado por Plunkett, era tomar los edificios clave de Dublín para acordonar la ciudad y resistir el ataque del ejército británico. La división de Dublín había sido organizada en cuatro batallones, cada uno a las órdenes de un comandante de lealtad reconocida por la IRB. También se formó un quinto batallón improvisado con partes de los otros cuatro y la ayuda del Ejército Ciudadano Irlandés. Éste fue el batallón cuyo cuartel general se estableció en la Oficina Central de Correos, y del que formaban parte Pearse, Presidente y Comandante en Jefe; Connolly, comandante de la división de Dublín, así como Clarke, MacDermott, Plunkett y Michael Collins, el futuro fundador del IRA. El primer batallón, comandado por Ned Daly, tomó los juzgados de Four Courts; el segundo batallón, que estaba a las órdenes de Thomas MacDonagh, se estableció en la fábrica de galletas Jacob's Biscuit, al sur de la ciudad; en el este el comandante Éamon de Valera tenía a su cargo el tercer batallón en la panificadora Boland; por último, el cuarto batallón de Ceannt tomó el "centro de inserción" conocido como South Dublin Union

1845 y 1849 de un producto alimentario básico para la población: la patata o papa; por lo que también es conocida como la Irish Potato Famine (Hambruna Irlandesa de la Patata (papa)).

Los efectos de la hambruna continuaron por décadas y la población de Irlanda todavía no ha recobrado los niveles previos a la hambruna.

La hambruna se gestó durante unos 50 años por la desastrosa concurrencia de varios factores, como la ineficiente política económica del Reino Unido, unida a su desprecio hacia la población local, métodos inadecuados de cultivo y, como determinante, la desafortunada aparición del tizón tardío, o mildium de la patata, que destruyó rápidamente uno de los alimentos más importantes de la época.
Las consecuencias de la hambru-

na se dejaron sentir hasta después de 1851. No se registró el número de muertes causadas por la hambruna, pero la cifra estimada se sitúa entre 2.500.000 y dos millones de víctimas en los años siguientes a 1846. Entre 1841 y 1851 la población del país disminuyó de 8,2 a 6,6 millones.

Además, dos millones de desplazamientos fueron motivados por el desastre y otros tantos emigraron a los Estados Unidos, Canadá, Chile, Argentina y Australia en lo que se conoció como la Diáspora Irlandesa. Entre muertes y migración, Irlanda perdió más de un cuarto de su población.

La falta de solidaridad de los administradores y terratenientes anglo-irlandeses hacia sus aparceros irlandeses de origen celta y religión católica, fue un elemento definitivo a la hora de empu-

en el suroeste. A su vez, miembros del Ejército Ciudadano Irlandés tomaron St Stephen's Green y el Ayuntamiento de Dublín. Las tensiones ideológicas afloraron cuando un oficial de los Voluntarios dio orden de fusilar a varios saqueadores y James Connolly le contradijo.

Puesto que la contraorden de MacNeill impidió el alzamiento en todas las áreas excepto Dublín, el mando de todos los rebeldes activos recayó sobre Connolly. Tras recibir una herida grave, Connolly fue capaz de seguir guiando la rebelión haciéndose transportar en una cama. El ejército inglés se movilizó con cautela, pues no sabía con cuántos insurgentes debía enfrentarse, y se concentró en asegurar los accesos al Castillo de Dublín y en aislar el cuartel general de la Oficina Central de Correos antes de que el vapor artillado Helga bombardeara buena parte de la ciudad y la incendiara en gran medida. Su plan funcionó: superiores en número a los rebeldes con unos 4.500 soldados británicos y 1.000 efectivos de la policía (se calcula que los Voluntarios insurgentes rondaban los 1.000 hombres, y los miembros del Ejército Ciudadano Irlandés los 250), superaron muchas de las defensas y aislaron a las restantes hasta que hacia el final de la semana la única orden que pudieron recibir fue la de rendirse. El propio cuartel general fue escenario de poca acción. Probablemente el momento más digno de mención fue cuando Pearse leyó la proclamación de la república a las puertas de la Oficina Central de Correos frente a una muchedumbre en su mayoría ignorante de que vivía un momento histórico. Después los rebeldes se atrincheraron dentro de la oficina y pronto fueron bombardeados desde la distancia, por lo que se vieron incapaces de devolver los ataques. El tiempo transcurrió hasta que, atrapados en una posición insostenible, fueron expulsados de su cuartel general. El sábado 29 de abril, desde el nuevo cuartel general de la calle Moore y tras darse cuenta de que lo único que podían ya conseguir era la muerte de más civiles, Pearse ordenó rendirse a todas las compañías.

Los rebeldes no tenían mucho respaldo popular en aquel momento, y cientos de personas resultaron muertas o heridas (en su mayoría civiles atrapados en el fuego cruzado). Unos 3.000 sospechosos fueron arrestados y 15 cabecillas (incluidos los siete firmantes de la declaración de independencia) fueron ejecutados entre el 3 y el 12 de mayo. Entre ellos se encontraba, mortalmente herido, Connolly, que fue fusilado atado a una silla porque era incapaz de mantenerse en pie. Las autoridades locales

irlandesas y muchos periódicos como el Irish Independent (en un editorial) exigían la ejecuciones. Los prisioneros camino de los campos de internamiento en Galés recibieron en muchos casos las burlas de enfurecidos dublineses que les culpaban de las replesarias inglesas.

Infiltración en el Sinn Féin

Las ejecuciones marcaron el inicio de un cambio en la opinión pública irlandesa, que hasta entonces había visto a los rebeldes como aventureros irresponsables cuyas acciones podían dañar la causa nacionalista. A medida que los prisioneros iban siendo liberados y reorganizaban las fuerzas republicanas, el sentimiento nacionalista empezó a decantarse hacia el partido Sinn Féin, que no había estado implicado pero que era erróneamente acusado por el gobierno británico y los medios de comunicación irlandeses de estar tras el alzamiento.

Los líderes supervivientes, bajo las órdenes de Éamon de Valera, se infiltraron en el Sinn Féin y depusieron a su anterior cúpula monárquica encabezada por Arthur Griffith, que había fundado el partido en 1905 para presionar a favor de la monarquía dual Angloirlandesa. El Sinn Féin y el Partido Parlamentario Irlandés se enfrentaron en una serie de batallas de indefinido resultado, ya que cada uno ganó varias elecciones menores, hasta que durante la Crisis del reclutamiento de 1918 (cuando los británicos intentaron imponer levas en Irlanda) se inclinó la balanza de la opinión pública del lado del Sinn Féin.

Al inicio de la Primera Guerra Mundial estalló la revuelta de los bóer en Sudáfrica, cuando los afrikaners deseosos de romper los vínculos de Sudáfrica y el Imperio Británico, se aliaron con los alemanes del Africa Suroccidental Alemana. La revuelta fue aplastada por las fuerzas leales al gobierno sudafricano. Muy al contrario de la reacción británica con respecto al Alzamiento de Pascua, en un gesto conciliador el gobierno sudafricano fue indulgente con los líderes supervivientes de la revuelta y les persuadieron de trabajar en pos del cambio dentro del

jar a muchos campesinos a revueltas, prontamente aplastadas, o a la emigración a otros países. Lo que hizo de esa hambruna algo particularmente horrible fue el hecho, a menudo omitido por la cultura oficial inglesa, de que otros productos alimenticios que hubieran podido paliarla continuaron siendo exportados a otros países.

Esa hambruna marcó una línea divisoria en la historia de Irlanda. Sus efectos cambiaron en forma permanente el panorama demográfico, pero también el político y cultural de la Isla. Tanto para los irlandeses nativos como para los emigrados y sus descendientes, la hambruna pasó a entrar en la memoria del pueblo y se convirtió en el punto de origen de diversos movimientos nacionalistas.

Ejecutados por su participación en el Alzamiento de Pascua

Patrick Pearse
Thomas J. Clarke
Thomas MacDonagh
Joseph Mary Plunkett
Edward Daly
William Pearse
Michael O'Hanrahan
John MacBride
Éamonn Ceannt
Michael Mallin
Cornelius Colbert
Sean Heuston
Sean MacDermott
James Connolly
Thomas Kent
Roger Casement

marco de la constitución. Esta estrategia funcionó y los afrikaner contrarios al Reino Unido no tramaron más rebeliones armadas. En 1921 el general Jan Smuts, un relevante político y militar sudafricano, llamó la atención del primer ministro David Lloyd George sobre este ejemplo, lo que ayudó al gobierno británico a alcanzar un compromiso en la negociación del Tratado anglo-irlandés. "¿Qué habría sido si los británicos hubiesen sido más inteligentes en su trato con los rebeldes irlandeses?" Nunca lo sabremos porque Inglaterra siempre ha sido brutal en su trato con la que fue primera y última de sus colonias.

Elecciones generales de 1918

Las elecciones generales al Parlamento del Reino Unido de diciembre de 1918 fueron un triunfo para el Sinn Féin en toda Irlanda y sus diputados se congregaron el 21 de enero de 1919 en Dublín para proclamar la República de Irlanda, liderados por el presidente del parlamento Eamon de Valera, que escapó de las ejecuciones de 1916 por pura suerte, debido a su ciudadanía estadounidense, en un momento en el que Inglaterra necesitaba la ayuda norteamericana en medio de su guerra con las potencias centrales.

Sacrificio de sangre y consecuencias a largo plazo

El alzamiento suele verse como condenado al fracaso desde su concepción, y a menudo se afirma que sus propios cabecillas lo entendieron así: varios críticos han vislumbrado en él un "sacrificio de sangre" acorde con algunos de los escritos más románticos de Pearse. Fue sin embargo el primer paso en el camino a la Independencia de Irlanda.



Nuestra ideología es natural como un árbol. Busca el cielo pero mantiene sus raíces ancladas en el suelo que nos vio nacer





Los rebeldes de 1916, con sus uniformes, avanzando en formación cerrada sobre sus objetivos, fueron una fuerza valiente, pero también inconsciente de sus limitaciones, que trató de enfrentarse a un ejército regular. ¿Qué lecciones pueden extraerse de aquel alzamiento? Y lo que es más importante ¿qué lecciones aprendieron sus supervivientes? ¿Por qué falló la rebelión? Los revolucionarios fueron poco honestos con sus seguidores. En vez de crear una estructura revolucionaria trataron de apoderarse de otras anteriores, que tenían una orientación distinta a la propia, y de usarlas a espaldas de sus creadores, fueron incapaces de coordinarse entre sí. Hubo cambios de planes a última hora, poca comunicación entre los revolucionarios y entre estos y sus apoyos externos, no hubo una línea de mando clara y además los revolucionarios, deseosos de demostrar que eran gente seria decidieron uniformarse y adoptar tácticas militares e iniciar un combate militar contra fuerzas militares superiores en número y entrenamiento.

Estas lecciones fueron aprendidas por algunos de los jefes subalternos del Alzamiento que sobrevivieron al mismo, más en concreto por Michael Collins que extrajó de ellas las enseñanzas correctas. El resultado fue la creación de una estructura militar nueva para el momento, un movimiento de guerrilla urbana. Había que crear una estructura de acción real, organizada en torno a ideas claras, cuyos miembros estuvieran realmente comprometidos con la acción revolucionaria y conocieran plenamente los riesgos en que incurrían al afiliarse. Un grupo que supiera arraigarse en la sociedad en la que trabajaba, pero supiera al mismo tiempo ser discreto, un movimiento militar que fuera capaz de enfrentarse a un ejército regular pero allá donde el grupo, y no el ejército regular, decidiese. Un movimiento militar que no imitase a los ejércitos regulares, sino que fuera capaz de moverse en medio del público.

Sólo un partido revolucionario puede realizar una revolución. Esa es una lección que Michael Collins y los cuadros del primer IRA supieron dar mucho antes, y de forma mucho más humana, que Lenin y sus bolcheviques.



Michael Collins

Michael Collins fue el organizador del Primer IRA, el hombre que derrotó en las calles y los campos irlandeses a un ejército y una policía superiores en número, pero también un negociador que supo hasta donde podía llegar en la mesa de negociaciones. Por ello

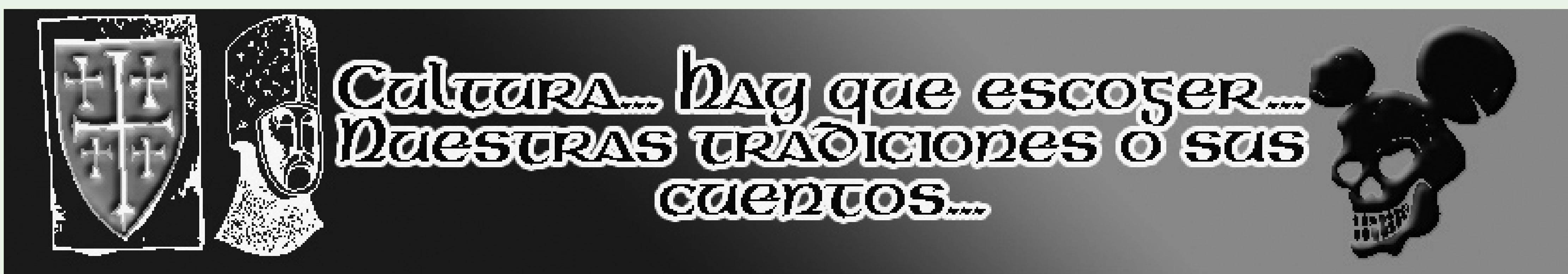
admitió lo inviable que era imponer el sistema republicano en la parte Norte de la Isla, allá donde aún existían numerosos habitantes protestantes de origen escocés.
Tras el final de la guerra contra el inglés , Collins se vió obligado a combatir contra antiguos compañeros de armas que no se resignaban al final de la guerra.

El creador del Primer IRA, el único de los grupos que ha llevado ese nombre que logró sus objetivos, pasó entonces a organizar el Ejército Irlandés y a tratar de acabar con la violencia. Fue dirigiéndose a una reunión de paz con miembros del nuevo IRA cuando fue muerto en una emboscada.



VASCOS E IRLANDESES

Existe una tendencia a identificar los casos vasco en irlandés. Una tendencia impulsada sobre todo desde el nacionalismo vasco que pretende encontrar en el irlandés un ejemplo y un antecedente a seguir. El caso irlandés históricamente tenía mucha importancia para el PNV, tanto por su éxito político como por los lazos económicos entre el País Vasco y Gran Bretaña, que en cierto sentido acercaron más a los vascos a los asuntos británicos. Sobre todo durante los años veinte del siglo pasado, cuando el empeño nacionalista y secesionista irlandés fue coronado con éxito, sirvieron como modelo e inspiración tanto para los nacionalistas vascos como para los catalanistas de izquierdas.
Eso a despecho de hecho de que no había casi semejanza alguna entre los casos de Irlanda y el País Vasco. Irlanda fue históricamente una isla y un país totalmente separado de Inglaterra, luego conquistado directa y brutalmente por la fuerza de las armas, primero en parte durante la Edad Media y luego totalmente durante los siglos XVI y XVII. La mayor parte de la tierra de la isla fue usurpada directamente por la nueva clase dominante inglesa, y la mayor parte de la población reducida a la servidumbre. No había nada parecido a la larga historia de asociación política semiautónoma y participante de las provincias vascas con la Corona de Castilla, una asociación que dejaba intactas las propiedades, la economía y la sociedad vascas, con un sistema elaborado de fueros negociado y establecido precisamente por esta misma Corona al fin de la Edad Media. Aunque finalmente más y más campesinos irlandeses consiguieron emanciparse en cuanto al acceso a la propiedad durante la segunda mitad del siglo XIX, la "guerra sucia" que tuvo lugar en Irlanda entre 1919 y 1921 no fue una campaña terrorista como la de ETA, sino una guerrilla contra una potencia colonialista, como la que ocurrió en el sur de los Estados Unidos contra Gran Bretaña entre 1779 y 1781, o en España contra las tropas de Napoleón, cuando se inventó, o al menos se popularizó, la palabra "guerrilla".

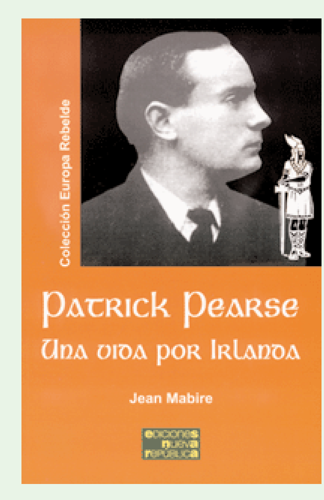


Patrick Pearse.
Un patriota irlandés

Guía y mártir por la causa de la Irlanda libre, Patrick Pearse regresa al candelero de la actualidad con ocasión de la publicación de una de las últimas obras de Jean Mabire: Patrick Pearse. Une Vie pour l´Irlande (Patrick Pearse. Una vida por Irlanda). Editado por las Éditions Terre et Peuple en 1998.
Personaje emblemático de la revuelta irlandesa de principios del siglo pasado, Patrick Pearse encarna bajo la mirada de nuestros tiempos de hoy la síntesis lograda entre el nacionalismo y el socialismo. Irlandés solamente por parte materna, el pequeño Pearse nace en Dublín en 1879, tiempos en los que la dueña-Inglaterra todavía sigue asentando sus caprichos sobre una Irlanda que se asfixia desde hace siglos.

Joven partidario de una cultura enraizada, se compromete con la lucha por las Letras y las Artes al lado de los miembros de las Ligas Gaélicas, considerando que "si la Irlanda espiritual desaparece, la Irlanda real, entonces, también morirá". Comprendiendo que su lucha también lo es en el campo político, se une seguidamente a la Fraternidad Republicana Irlandesa, primer paso hacia la insurrección total..., armada con argumentos más "someros". Brillante conductor de tropas, consigue imponerse como comandante en jefe en el seno del nuevo I. R. A.; siendo de hecho esta Irish Republican Army un conglomerado de diversos grupúsculos separatistas armados, entre los cuales se halla el I. C. A., fundado por el líder proletario James Connolly, haciendo coincidir su visión obrerista con la de Pearse, el patriota.

Resultando de esta afortunada amalgama, en 1913, el nacimiento del I. R. A., hostil al invasor inglés, que lucha por una reunificación de las dos Irlandas y su autonomía: "Si los irlandeses no son libres, es porque no han merecido serlo. No es, pues, razonable contar con el Todopoderoso para anular las leyes



El libro de Jean Mabire, citado en el artículo, está disponible en nuestra lengua.
Jean Mabire es un escritor regionalista y paganofrancés autor de numerosos libros sobre la Waffen-SS,el ejército sudafricano y el paganismo celta que estuvo entre los primeros colaboradores de la revista Élements



temporales que nos atan. Batirse contra la suerte antes bien que capitular no es jamás una solución fácil, pero todavía es la que mejor nos corresponde". No obstante la carga guerrera que pesa sobre él, Pearse prosigue su misión cultural, la cual le conducirá, con finalidad de pedagogo, a la fundación del Colegio de San Enda, verdadera forja de caracteres basado sobre la enseñanza bilingüe.

Polemista, escritor y artista, piensa en cómo formar seguidamente un ejército de soldados-poetas que podrían, a un mismo tiempo, combatir la miseria del materialismo vagabundo y convertirse en educadores capaces de perpetuar las tradiciones milenarias de la Irlanda gaélica. En cuanto a los partidarios moderados de la negociación, les asesta una frase sin igual que justifica por sí sola todos los atentados perpetrados hasta el momento: "Sólo los hombres armados serán quienes rompan las cadenas que otros hombres armados han forjado para nosotros". Sana y lógica divisa en el seno de un combate identitario a muerte. Fusilado a la edad de treinta y siete años, tras la revuelta de Pascua de 1916, Patrick Pearse nos deja ese deber de revuelta que le hizo vivir y morir contra el inglés por la libertad de su isla.

¿Cómo ignorar ante un tal sacrificio la necesidad imperiosa de reapropiarse de nuestras propias tradiciones para ganar la libertad? Más allá de sí mismo, Pearse marcó la historia de un reguero de pólvora, llamando siempre a otros voluntarios. Entre éstos, Michael Collins, quien, desde 1919, llegará a infiltrar en los servicios secretos (británicos) con el activismo del I. R. A. Así mismo patriota, pero sin embargo más diplomático que su predecesor, Collins será asesinado por extremistas en 1922, a la salida de un tratado de paz entre su movimiento -el Sinn Féin- e Inglaterra, tratado "felón" no ratificado por los partidarios de Pearse que propugnan una guerra total.

Pearse y muchos de sus émulos después de él, han sublimado su combate al ofrecer su ejemplo para la posteridad: la libertad, que es un derecho, se conquista siempre por la fuerza de los puños. De ahí que, esperando con fe en la victoria (y ayudándola un poco cuando ha sido la ocasión), han multiplicado sus sacrificios, siendo éste el alcance virtual de sus armas.

Ariane

[Traducción de Enrique Bisbal-Rossell. El texto precedente fue publicado originalmente en el número 8, de invierno de 1998-1999, de la revista identitaria francesa Lansquenet]



Roger Casement
Héroe de novela popular

Roger David Casement (irlandés: Ruairí Mac Easmainn) (Sandycove, cerca de Dublín, Irlanda, 1º de septiembre de 1864 - Londres, 3 de agosto de 1916) fue un diplomático británico que militó activamente en la causa del nacionalismo irlandés. Es famoso por su actividad contra los abusos del sistema colonial en el Congo y en el Perú, así como por sus negociaciones con Alemania inmediatamente antes del Levantamiento de Pascua.

Casement nació en Sandycove, cerca de Dublín, de padre protestante y madre católica. Su madre, Anne Jephson, lo hizo bautizar en secreto como católico, pero murió cuando Casement era todavía un niño. Cuando tenía diez años murió también su padre, siendo educado por sus parientes protestantes del Ulster.

Casement viajó a África por primera vez en 1883, a los diecinueve años. Trabajó en el Estado Libre del Congo para varias empresas y para la Asociación Internacional Africana fundada por el rey Leopoldo II de Bélgica. Durante su estancia en el Congo, conoció al famoso explorador Henry Morton Stanley, que por entonces se había embarcado en su expedición para rescatar a Emín Bajá. Conoció también a Joseph Conrad, que era entonces un joven marino y no había publicado todavía su novela “El corazón de las tinieblas” sobre el Congo.

En 1892, Roger Casement dejó el Congo para trabajar en Nigeria como funcionario de la Secretaría de Estado para las Colonias. En 1895 fue nombrado cónsul en Lourenço Marques (hoy Maputo).
Hacia 1900, se encontraba de regreso en el Congo, en Matadi, donde fundó el primer puesto consular británico en el país. En sus despachos al Foreign Office denunció repetidas veces los malos tratos a que era sometida la población nativa y las catastróficas consecuencias del sistema de trabajos forza-



El mundo perdido

Un nacionalista irlandés contra los dinosaurios

El mundo perdido es una novela de Arthur Conan Doyle, el mismo creador de Sherlock Holmes, sobre cuatro exploradores que alcanzan un altiplano sudamericano en el que habitan

hombres mono y dinosaurios. Imitada numerosas veces y llevada a la pantalla tanto en el cine como en el televisor, es una de las novelas de Conan Doyle que ha tenido mayor número de adaptaciones. Todo lo que quería Conan Doyle al escribirla era crear una novela juvenil llena de acción. De pasada logró escribir una de las primeras piezas de la ciencia ficción inglesa.

El libro apareció como serial en marzo de 1912 y encuadernado en un solo volumen en octubre del mismo año.

Los dos profesores de la novela fueron inspirados por dos personajes ilustres de la Universidad de Edimburgo. El Profesor Challenger, arrojado y decidido a encontrar dinosaurios fue inspirado en William Rutherford. El más calmado Profesor Summerlee por Sir Robert Christison.

Los dos hombres de acción del

dos. En 1903, después de que la Cámara de los Comunes, a instancias de activistas humanitarios, aprobase una resolución acerca del Congo, recibió el encargo de investigar la situación en el Estado Libre. El resultado fue su célebre Informe Casement sobre el Congo.

El informe, publicado en 1904 a pesar de las presiones que recibió el gobierno británico por parte del rey de Bélgica, provocó un gran escándalo. Poco tiempo después, Casement conoció al periodista Edmund Dene Morel, quien dirigía la campaña de la prensa británica contra el gobierno del Congo. Fue el principio de una profunda relación de amistad, admiración y colaboración en el asunto del Congo. Casement, que no podía participar activamente en la campaña a causa de su condición de diplomático, convenció a Morel para que fundara la Asociación para la Reforma del Congo.

Su denuncia de la situación en el Congo fue la razón principal por la que fue nombrado caballero en 1911. Anteriormente había recibido también la Orden de San Miguel y San Jorge, en 1905.

En 1906 fue enviado a Santos, en Brasil, donde desarrolló un trabajo similar al que había realizado en el Congo. Casement fue comisionado por la Foreign Office para establecer la verdad de las denuncias contra la compañía cauchera Peruvian Rubber Company, de capital británico pero cuyo presidente, el peruano Julio César Arana, dio su nombre para que fuera conocida como Casa Arana. Casement reportó las atrocidades cometidas por la Casa Arana contra los indígenas de la región colombiana del Putumayo en un documento conocido como “The Putumayo Black Book” y llevó un diario de esa época, publicado póstumamente.

Casement dimitió del servicio colonial en 1912. Al año siguiente se unió a los Voluntarios Irlandeses, y se hizo íntimo amigo de uno de sus dirigentes, Eoin MacNeill. En julio de 1914 llegó a Nueva York, donde estableció contacto con los nacionalistas exiliados del Clan na Gael. Sin embargo, muchos miembros de esta organización no confiaban del todo en él, ya que Casement no era miembro de la Hermandad Republicana Irlandesa (Irish Republican Brotherhood, IRB), y defendía puntos de vista considerados por algunos como demasiado moderados.

Al estallar la Primera Guerra Mundial, intentó asegurarse la ayuda alemana para la causa de la independencia irlandesa, negociando en Nueva York con el embajador alemán en Estados Unidos. En octubre, Casement, que se consideraba a sí mismo embajador de la nación irlandesa, se embarcó para Alemania en una expedición financiada por el Clan na Gael. Casement llegó a un acuerdo con los dirigentes alemanes, que aseguraba el apoyo de ese país a una Irlanda independiente. La mayor parte del tiempo que pasó en Alemania lo invirtió en reclutar una "Brigada Irlandesa", formada por prisioneros de guerra irlandeses del campo de prisioneros de Limburg an der Lahn, que serían entrenados para luchar contra el Reino Unido. El 27 de diciembre de 1914, Casement firmó a este efecto un acuerdo en Berlín con el secretario de estado alemán Arthur Zimmermann en el Ministerio de Exteriores germano. Sólo cincuenta y dos hombres se presentaron voluntarios para el entrenamiento y, a pesar de las promesas de Alemania, no fueron entrenados en el uso de ametralladoras, que en la época eran relativamente nuevas y desconocidas.

Sus esfuerzos se revelaron infructuosos, ya que numerosos irlandeses luchaban en el ejército británico, y el proyecto se abandonó tras invertir mucho tiempo y dinero. Los alemanes, bastante escépticos hacia Casement, pero conscientes de las ventajas que podía reportarles un levantamiento en Irlanda, ofrecieron a los irlandeses 20.000 fusiles, 10 ametralladoras y la munición necesaria, sólo una parte de lo que Casement había esperado.

Casement no supo del Alzamiento de Pascua hasta que el plan no estuvo del todo preparado. El IRB prefirió mantenerlo al margen, e incluso trató de sustituirlo. Casement ignoraba que quienes planeaban el levantamiento no eran los Voluntarios Irlandeses sino miembros de la Hermandad Revolucionaria Irlandesa, como Patrick Pearse y Tom Clarke, que movían los hilos entre bastidores.
El barco, el Libau, que transportaba las armas alemanas no llegó a desembarcar en Irlanda. Su intento de hacerse pasar por un navío noruego fracasó: El Libau fue interceptado por el servicio británico de guardacostas el 21 de abril de 1916, Viernes Santo. El buque fue hundido y su tripulación, formada íntegramente por alemanes, hecha prisionera.

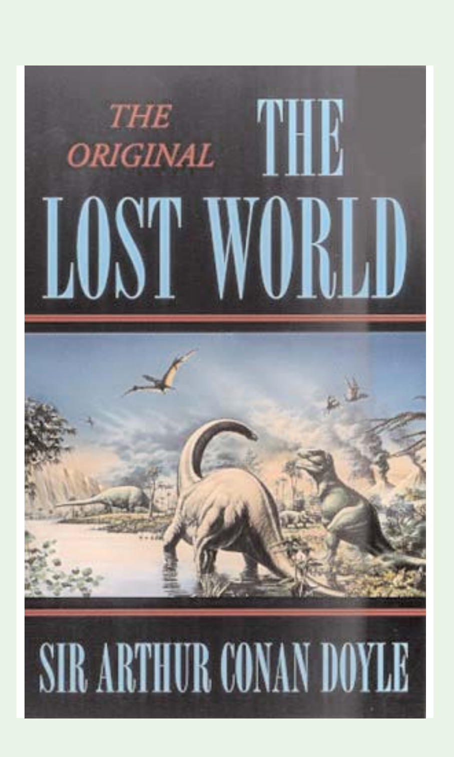
grupo estuvieron a su vez basados en Edmund Dene Morel y Roger Casement. Morel y Casement habían combatido contra la explotación de los nativos en el Congo Belga y el tráfico de esclavos, y eran héroes para la sociedad británica anterior a la Gran Guerra de 1914, una guerra que haría que ambos pasasen a ser considerados como traidores.

Edmund Morel sirvió de inspiración para Edward Malone. Sir Roger Casement para el personaje de Lord John Roxton.

Cuando durante la Gran Guerra Morel se hizo pacifista, Conan Doyle rompió toda relación con él. Curiosamente siguió defendiendo a Casement, a pesar de haberse declarado este independentista y tratado de alzarse en Irlanda. La defensa de Conan Doyle era que Casement sin duda había enfermado en los trópicos y debido a ello traicio-

nado su condición de ser civilizado, alzándose contra la Corona.

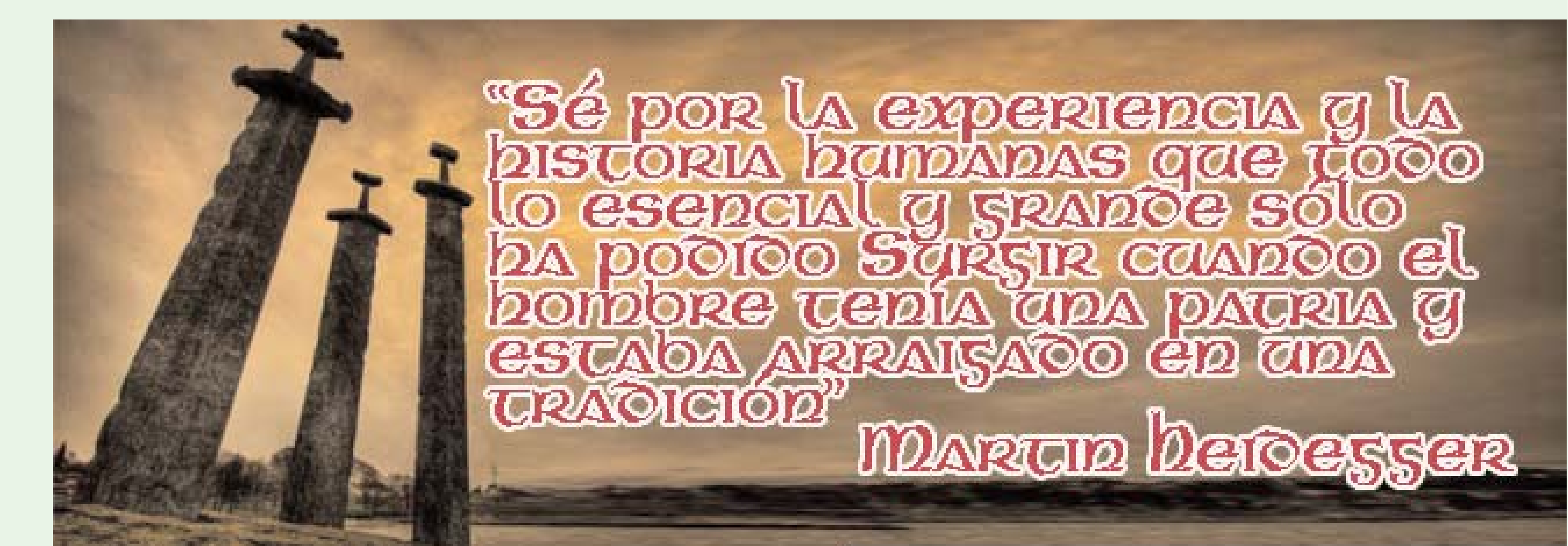
Para Conan Doyle alzarse por la República Irlandesa era una forma de enfermedad mental que debía eximir a su amigo de la pena de muerte. A pesar de lo torpe de sus argumentos es justo decir que Conan Doyle defendió a su amigo hasta el final, y lamentó su ejecución.



Poco después de que partiera el barco con las armas, Casement abandonó Alemania en un submarino, el U-19. El 21 de abril de 1916, tres días antes de que comenzara el levantamiento, desembarcó en la playa de Banna, en la bahía de Tralee (Condado de Kerry). Fue descubierto en el fuerte McKenna, en Rathoneen, donde fue arrestado y acusado de traición, sabotaje y espionaje contra la Corona británica. Condenado a muerte, fue ahorcado en la Prisión de Pentonville, en Londres, el 3 de agosto de 1916, a pesar de las peticiones de clemencia de, entre otros, Arthur Conan Doyle, William Butler Yeats y George Bernard Shaw.

Siguiendo la costumbre de la época, Casement fue enterrado dentro de los terrenos de la cárcel en que había sido ahorcado. Su cuerpo fue repatriado finalmente en 1965, para recibir un funeral de Estado. Fue enterrado con honores militares en el sector republicano del Cementerio de Glasenvin en Dublín, tras estar expuesto el cadáver cinco días y recibir el homenaje de medio millón de irlandeses. Eamon de Valera, primer presidente de la República Irlandesa, que ha había cumplido lo ochenta años y era el último líder superviviente de la Pascua de 1917, presidió al sepelio.

a



Borges y la historia de Irlanda

En la épica irlandesa siempre ha estado presente el papel relevante del traidor. Desde el ficticio Gypo Nolan que, preso del alcohol, delata a un amigo y camarada dirigente del IRA durante la guerra de 1922 (en The Informer, que escribió Liam O'Flaherty en 1925 y llevó al cine John Ford en 1935, conocida en España como El delator) hasta Denis Donaldson, administrativo del grupo parlamentario del Sinn Féin en la Asamblea de Stormont, al que Londres acusó de espiar para el IRA como excusa para suspender la autonomía norirlandesa en 2002 y bloquear así el proceso de paz, cuando llevaba décadas siendo un topo al servicio de la inteligencia británica, y que, tras desvelarse su secreto en 2006, fue asesinado por unos desconocidos.

Tal vez por esa razón, o quizá no, el gran prosista argentino Jorge Luis Borges (1899-1986) escribió en 1944 el cuento titulado "El tema del traidor y del héroe" en su libro Artificios, en el que sitúa en la larga lucha por la independencia de Irlanda la paradoja del héroe que, siendo traidor a su causa, se sacrifica para reforzar la carga simbólica de la lucha en la que ya no cree.



Borges, uno de los últimos autores clásicos. No un camarada pero sí alguien que puede leerse con agrado.



Tema del traidor y del héroe

So the Platonic Year
Whirls out new right and wrong,
Whirls in the old instead;
All men are dancers and their tread
Goes to the barbarous clangour of a gong.
W. B. Yeats: The Tower.

Bajo el notorio influjo de Chesterton (discurridor y exornador de elegantes misterios) y del consejero áulico Leibniz (que inventó la armonía preestablecida), he imaginado este argumento, que escribiré tal vez y que ya de algún modo me justifica, en las tardes inútiles. Faltan pormenores, rectificaciones, ajustes; hay zonas de la historia que no me fueron reveladas aún; hoy, 3 de enero de 1944, la vislumbro así.

La acción transcurre en un país oprimido y tenaz: Polonia, Irlanda, La república de Venecia, algún estado sudamericano o balcánico… Ha transcurrido, mejor dicho, pues aunque el narrador es contemporáneo, la historia referida por él ocurrió al promediar o al empezar el siglo XIX. Digamos (para comodidad narrativa) Irlanda; digamos 1824. El narrador se llama Ryan; es bisnieto del joven, del heroico, del bello, del asesinado Fergus Kilpatrick, cuyo sepulcro fue misteriosamente violado, cuyo nombre ilustra los versos de Browning y de Hugo, cuya estatua preside un cerro gris entre ciénagas rojas.

Kilpatrick fue un conspirador, un secreto y glorioso capitán de conspiradores; a semejanza de Moises que, desde la tierra de Moab, divisó y no pudo pisar la tierra prometida, Kilpatrick pereció en la víspera de la rebelión victoriosa que había premeditado y soñado. Se aproxima la fecha del primer centenario de su muerte; las circunstancias del crimen son enigmáticas; Ryan, dedicado a la redacción de una biografía del héroe, descubre que el enigma rebasa lo puramente policial. Kilpatrick fue asesina-

do en un teatro; la policía británica no dio jamás con el matador; los historiadores declaran que ese fracaso no empaña su buen crédito, ya que tal vez lo hizo matar la misma policía. Otras facetas del enigma inquietan a Ryan. Son de carácter cíclico: parecen repetir o combinar hechos de remotas regiones, de remotas edades. Así, nadie ignora que los esbirros que examinaron el cadáver del héroe, hallaron una carta cerrada que le advertían el riesgo de concurrir al teatro, esa noche; también Julio César, al encaminarse al lugar donde lo aguardaban los puñales de sus amigos, recibió un memorial que no llegó a leer, en que iba declarada la traición, con los nombres de los traidores. La mujer de César, Calpurnia, vio en sueños abatir una torre que le había decretado el Senado; falsos y anónimos rumores, la víspera de la muerte de Kilpatrick, publicaron en todo el país el incendio de la torre circular de Kilgarvan, hecho que pudo parecer un presagio, pues aquél había nacido en Kilvargan. Esos paralelismos (y otros) de la historia de César y de la historia de un conspirador irlandés inducen a Ryan a suponer una secreta forma del tiempo, un dibujo de líneas que se repiten. Piensa en la historia decimal que ideó Condorcet; en las morfologías que propusieron Hegel, Spengler y Vico; en los hombres de Hesíodo, que degeneran desde el oro hasta el hierro. Piensa en la transmigración de las almas, doctrina que da horror a las letras célticas y que el propio César atribuyó a los druidas británicos; piensa que antes de ser Fergus Kilpatrick, Fergus Kilpatrick fue Julio César. De esos laberintos circulares lo salva una curiosa comprobación, una comprobación que luego lo abisma en otros laberintos más inextricables y heterogéneos: ciertas palabras de un mendigo que conversó con Fergus Kilpatrick en día de su muerte, fueron prefiguradas por Shakespeare, en la tragedia de Macbeth. Que la historia hubiera copiado a la historia ya era suficientemente pasmoso; que la historia copie a la literatura es inconcebible… Ryan indaga que en 1814, James Alexander Nolan, el más antiguo de los compañeros del héroe, había traducido al gaélico los principales dramas de Shakespeare; entre ellos, Julio César. También descubre en los archivos un artículo manuscrito de Nolan sobre los Festpiele de Suiza: vastas y errantes representaciones teatrales, que requieren miles de actores y que reiteran hechos históricos en las mismas ciudades y montañas donde ocurrieron. Otro documento inédito le revela que, pocos días antes del fin, Kilpatrick, presidiendo el último cónclave, había firmado la sentencia de muerte de un traidor, cuyo nombre ha sido borrado. Esta sentencia no coincide con los piadosos hábitos de Kilpatrick. Ryan investiga el asunto (esa investigación es uno de los hiatos del argumento) y logra descifrar el enigma.

Kilpatrick fue ultimado en un teatro, pero de teatro hizo también la entera ciudad, y los actores fueron legión, y el drama coronado por su muerte abarcó muchos días y muchas noches. He aquí lo acontecido:

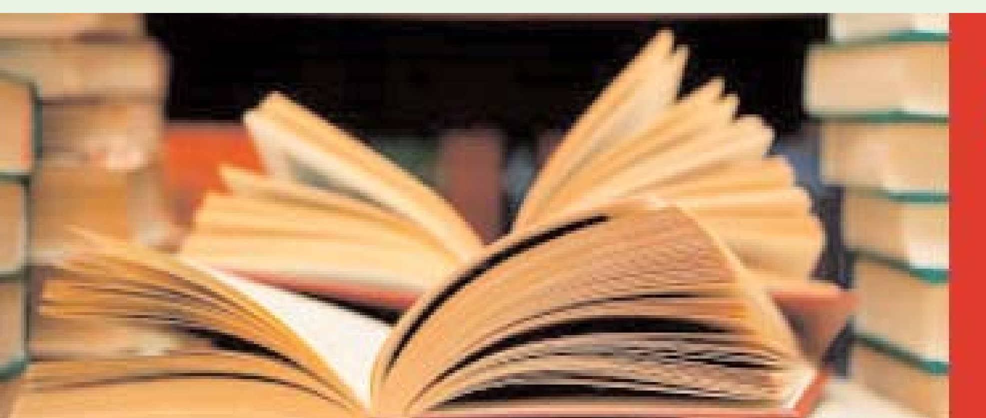
El 2 de agosto de 1824 se reunieron los conspiradores. El país estaba maduro para la rebelión; algo, sin embargo, fallaba siempre: algún traidor había en el cónclave. Fergus

Kilpatrick había encomendado a James Nolan el descubrimiento del traidor. Nolan ejecutó su tarea: anunció en pleno cónclave que el traidor era el mismo Kilpatrick. Demostró con pruebas irrefutables la verdad de la acusación; los conjurados condenaron a muerte a su presidente. Éste firmó su propia sentencia, pero imploró que su castigo no perjudicara a la patria.

Entonces Nolan concibió un extraño proyecto. Irlanda Idolatraba a Kilpatrick; la más tenue sospecha de su vileza hubiera comprometido la rebelión; Nolan propuso un plan que hizo de la ejecución del traidor un instrumento para la emancipación de la patria. Sugirió que el condenado muriera a manos de un asesino desconocido, en circunstancias deliberadamente dramáticas, que se grabaran en la imaginación popular y que apresuraran la rebelión. Kilpatrick juró colaborar en ese proyecto, que le daba ocasión de redimirse y que rubricaría su muerte.

Nolan, urgido por el tiempo, no supo íntegramente inventar las circunstancias de la múltiple ejecución; tuvo que plagiar a otro dramaturgo, al enemigo inglés William Shakespeare. Repitió escenas de Macbeth , de Julio César. La pública y secreta representación comprendió varios días. El condenado entró en Dublin, discutió, obró, rezó, reprobó, pronunció palabras patéticas, y cada uno de esos actos que reflejaría la gloria, había sido prefigurado por Nolan. Centenares de actores colaboraron con el protagonista; el rol de algunos fue complejo; el de otros, momentáneo. Las cosas que dijeron e hicieron perduran en los libros históricos, en la memoria apasionada de Irlanda. Kilpatrick, arrebatado por ese minucioso destino que lo redimía y que lo perdía, más de una vez enriqueció con actos y con palabras improvisadas el texto de su juez. Así fue desplegándose en el tiempo el populoso drama, hasta que el 6 de agosto de 1824, en un palco de funerarias cortinas que prefiguraba el de Lincoln, un balazo anhelado entró en el pecho del traidor y del héroe, que apenas pudo articular, entre dos efusiones de brusca sangre, algunas palabras previstas.

En la obra de Nolan, los pasajes imitados de Shakespeare son los menos dramáticos; Ryan sospecha que el autor los intercaló para que una persona, en el porvenir, diera con la verdad. Comprende que él también forma parte de la trama de Nolan… Al cabo de tenaces cavilaciones, resuelve silenciar el descubrimiento. Publica un libro dedicado a la gloria del héroe; también eso, tal vez, estaba previsto.



¿Cuántos libros has leído esta semana?

Más libros, más libres...

La forma de la espada

Le cruzaba la cara una cicatriz rencorosa: un arco ceniciento y casi perfecto que de un lado ajaba la sien y del otro el pómulo. Su nombre verdadero no importa; todos en Tacuarembó le decían el Inglés de La Colorada. El dueño de esos campos, Cardoso, no quería vender; he oído que el Inglés recurrió a un imprevisible argumento: le confió la historia secreta de la cicatriz. El Inglés venía de la frontera, de Río Grande del Sur; no faltó quien dijera que en el Brasil había sido contrabandista. Los campos estaban empastados; las aguadas, amargas; el Inglés, para corregir esas deficiencias, trabajó a la par de sus peones. Dicen que era severo hasta la crueldad, pero escrupulosamente justo. Dicen también que era bebedor: un par de veces al año se encerraba en el cuarto del mirador y emergía a los dos o tres días como de una batalla o de un vértigo, pálido, trémulo, azorado y tan autoritario como antes. Recuerdo los ojos glaciales, la enérgica flacura, el bigote gris. No se daba con nadie; es verdad que su español era rudimental, abrasilerado. Fuera de alguna carta comercial o de algún folleto, no recibía correspondencia.

La última vez que recorrí los departamentos del Norte, una crecida del arroyo Caraguatá me obligó a hacer noche en La Colorada. A los pocos minutos creí notar que mi aparición era inoportuna; procuré congraciarme con el Inglés; acudí a la menos perspicaz de las pasiones: el patriotismo. Dije que era invencible un país con el espíritu de Inglaterra. Mi interlocutor asintió, pero agregó con una sonrisa que él no era inglés. Era irlandés, de Dungarvan. Dicho esto se detuvo, como si hubiera revelado un secreto.

Salimos, después de comer, a mirar el cielo. Había escampado, pero detrás de las cuchillas del Sur, agrietado y rayado de relámpagos, urdía otra tormenta. En el desmantelado comedor, el peón que había servido la cena trajo una botella de ron. Bebimos largamente, en silencio.

No sé qué hora sería cuando advertí que yo estaba borracho; no sé qué inspiración o qué exultación o

qué tedio me hizo mentar la cicatriz. La cara del Inglés se demudó; durante unos segundos pensé que me iba a expulsar de la casa. Al fin me dijo con su voz habitual:
-Le contaré la historia de mi herida bajo una condición: la de no mitigar ningún oprobio, ninguna circunstancia de infamia.

Asentí. Esta es la historia que contó, alternando el inglés con el español, y aun con el portugués:
"Hacia 1922, en una de las ciudades de Connaught, yo era uno de los muchos que conspiraban por la independencia de Irlanda. De mis compañeros, algunos sobreviven dedicados a tareas pacíficas; otros, paradójicamente, se baten en los mares o en el desierto, bajo los colores ingleses; otro, el que más valía, murió en el patio de un cuartel, en el alba, fusilado por hombres llenos de sueño; otros (no los más desdichados) dieron con su destino en las anónimas y casi secretas batallas de la guerra civil. Éramos republicanos, católicos; éramos, lo sospecho, románticos. Irlanda no sólo era para nosotros el porvenir utópico y el intolerable presente; era una amarga y cariñosa mitología, era las torres circulares y las ciénagas rojas, era el repudio de Parnell y las enormes epopeyas que cantan el robo de toros que en otra encarnación fueron héroes y en otras peces y montañas… En un atardecer que no olvidaré, nos llegó un afiliado de Munster: un tal John Vincent Moon.

Tenía escasamente veinte años. Era flaco y fofo a la vez; daba la incómoda impresión de ser invertebrado. Había cursado con fervor y con vanidad casi todas las páginas de no sé qué manual comunista; el materialismo dialéctico le servía para cegar cualquier discusión. Las razones que puede tener un hombre para abominar de otro o para quererlo son infinitas: Moon reducía la historia universal a un sórdido conflicto económico. Afirmaba que la revolución está predestinada a triunfar. Yo le dije que a un gentleman sólo pueden interesarle causas perdidas… Ya era de noche; seguimos disintiendo en el corredor, en las escaleras, luego en las vagas calles. Los juicios emitidos por Moon me impresionaron menos que su inapelable tono apodíctico. El nuevo camarada no discutía: dictaminaba con desdén y con cierta cólera.

Había cursado con fervor y con vanidad casi todas las páginas de no sé qué manual comunista; el materialismo dialéctico le servía para cegar cualquier discusión. Las razones que puede tener un hombre para abominar de otro o para quererlo son infinitas: Moon reducía la historia universal a un sórdido conflicto económico.

Cuando arribamos a las últimas casas, un brusco tiroteo nos aturdió. (Antes o después, orillamos el ciego paredón de una fábrica o de un cuartel.) Nos internamos en una calle de tierra; un soldado, enorme en el resplandor, surgió de una cabaña incendiada. A gritos nos mandó que nos detuviéramos. Yo apresuré mis pasos, mi camarada no me siguió. Me di vuelta: John Vincent Moon estaba inmóvil, fascinado y como eternizado por el terror. Entonces yo volví, derribé de un golpe al soldado, sacudí a Vincent Moon, lo insulté y le ordené que me siguiera. Tuve que tomarlo del brazo; la pasión del miedo lo invalidaba. Huimos, entre la noche agujereada de incendios. Una descarga de fusilería nos buscó; una bala rozó el hombro derecho de Moon; éste, mientras huíamos entre pinos, pro-

rrumpió en un débil sollozo.

En aquel otoño de 1922 yo me había guarecido en la quinta del general Berkeley. Éste (a quien yo jamás había visto) desempeñaba entonces no sé qué cargo administrativo en Bengala; el edificio tenía menos de un siglo, pero era desmedrado y opaco y abundaba en perplejos corredores y en vanas antecámaras. El museo y la enorme biblioteca usurpaban la planta baja: libros controversiales e incompatibles que de algún modo son la historia del siglo XIX; cimitarras de Nishapur, en cuyos detenidos arcos de círculo parecían perdurar el viento y la violencia de la batalla. Entramos (creo recordar) por los fondos. Moon, trémula y reseca la boca, murmuró que los episodios de la noche eran interesantes; le hice una curación, le traje una taza de té; pude comprobar que su "herida" era superficial. De pronto balbuceó con perplejidad:
-Pero usted se ha arriesgado sensiblemente.

Le dije que no se preocupara. (El hábito de la guerra civil me había impelido a obrar como obré; además, la prisión de un solo afiliado podía comprometer nuestra causa).

Al otro día Moon había recuperado el aplomo. Aceptó un cigarrillo y me sometió a un severo interrogatorio sobre los "recursos económicos de nuestro partido revolucionario". Sus preguntas eran muy lúcidas; le dije (con verdad) que la situación era grave. Hondas descargas de fusilería conmovieron el Sur. Le dije a Moon que nos esperaban los compañeros. Mi sobretodo y mi revólver estaban en mi pieza; cuando volví, encontré a Moon tendido en el sofá, con los ojos cerrados. Conjeturó que tenía fiebre; invocó un doloroso espasmo en el hombro.
Entonces comprendí que su cobardía era irreparable. Le rogué torpemente que se cuidara y me despedí. Me abochornaba ese hombre con miedo, como si yo fuera el cobarde, no Vincent Moon. Lo que hace un hombre es como si lo hicieran todos los hombres. Por eso no es injusto que una desobediencia en un jardín contamine al género humano; por eso río es injusto que la crucifixión de un solo judío baste para salvarlo. Acaso Schopenhauer tiene razón: yo soy los otros, cualquier hombre es todos los hombres, Shakespeare es de algún modo el miserable John Vincent Moon.

Nueve días pasamos en la enorme casa del general. De las agonías y luces de la guerra no diré nada: mi propósito es referir la historia de esta cicatriz que me afrenta. Esos nueve días, en mi recuerdo, forman un solo día, salvo el penúltimo, cuando los nuestros irrumpieron en un cuartel y pudimos vengar exactamente a los dieciséis camaradas que fueron ametrallados en Elphin. Yo me escurría de la casa hacia el alba, en la confusión del crepúsculo. Al anochecer estaba de vuelta. Mi compañero me esperaba en el primer piso: la herida no le permitía descender a la planta baja. Lo rememoro con algún libro de estrategia en la mano: E N. Maude o Clausewitz. "El arma que prefiero es la artillería", me confesó una noche. Inquiría nuestros planes; le gustaba censurarlos o reformarlos. También solía denunciar "nuestra deplorable base económica', profetizaba, dogmático y sombrío, el

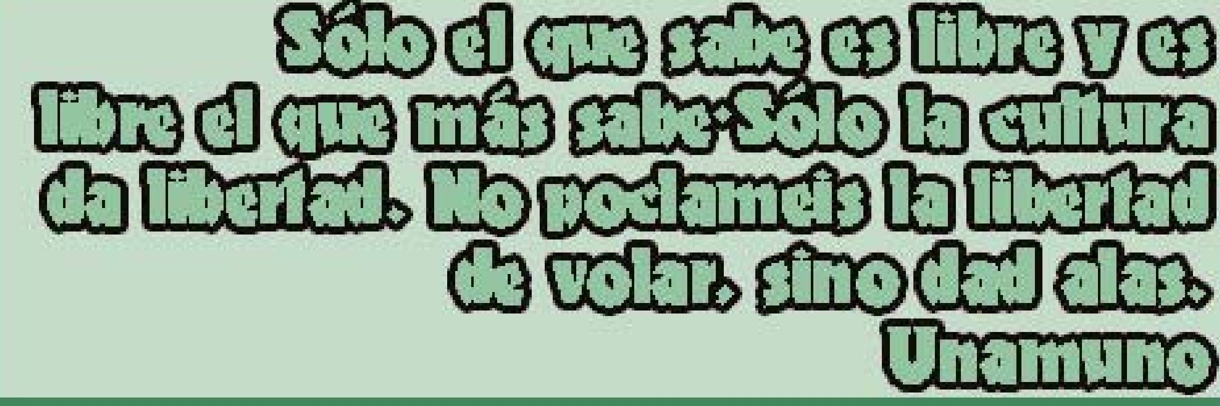
ruinoso fin. C'est une affaire flambée murmuraba. Para mostrar que le era indiferente ser un cobarde físico, magnificaba su soberbia mental. Así pasaron, bien o mal, nueve días.

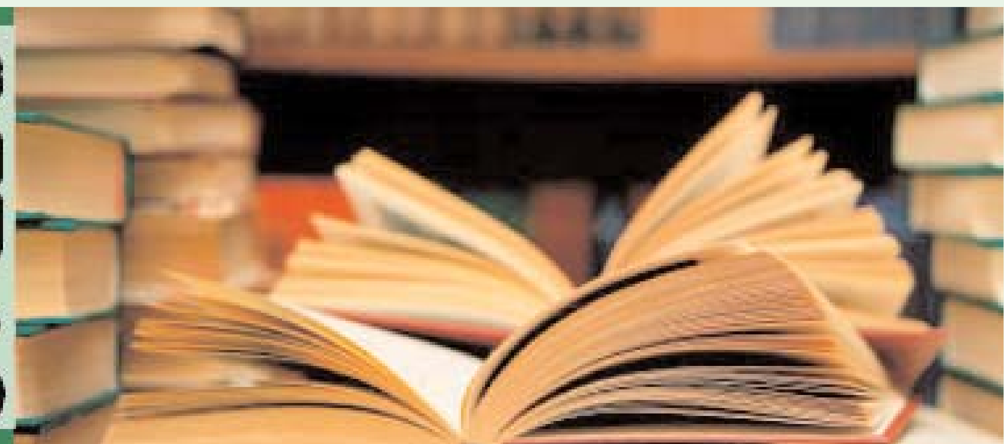
El décimo la ciudad cayó definitivamente en poder de los Black and Tans. Altos jinetes silenciosos patrullaban las rutas; había cenizas y humo en el viento; en una esquina vi tirado un cadáver, menos tenaz en mi recuerdo que un maniquí en el cual los soldados interminablemente ejercitaban la puntería, en mitad de la plaza… Yo había salido cuando el amanecer estaba en el cielo; antes del mediodía volví. Moon, en la biblioteca, hablaba con alguien; el tono de la voz me hizo comprender que hablaba por teléfono. Después oí mi nombre; después que yo regresaría a las siete, después la indicación de que me arrestaran cuando yo atravesara el jardín. Mi razonable amigo estaba razonablemente vendiéndome. Le oí exigir unas garantías de seguridad personal.

Aquí mi historia se confunde y se pierde. Sé que perseguí al delator a través de negros corredores de pesadilla y de hondas escaleras de vértigo. Moon conocía la casa muy bien, harto mejor que yo. Una o dos veces lo perdí. Lo acorralé antes de que los soldados me detuvieran. De una de las panoplias del general arranqué un alfanje; con esa media luna de acero le rubriqué en la cara, para siempre, una media luna de sangre. Borges: a usted que es un desconocido, le he hecho esta confesión. No me duele tanto su menosprecio".

Aquí el narrador se detuvo. Noté que le temblaban las manos.
-¿Y Moon? -le interrogué.
-Cobró los dineros de Judas y huyó al Brasil. Esa tarde, en la plaza, vio fusilar un maniquí por unos borrachos.
Aguardé en vano la continuación de la historia. Al fin le dije que prosiguiera.
Entonces un gemido lo atravesó; entonces me mostró con débil dulzura la corva cicatriz blanquecina.
-¿Usted no me cree? -balbuceó-. ¿No ve que llevo escrita en la cara la marca de mi infamia? Le he narrado la historia de este modo para que usted la oyera hasta el fin. Yo he denunciado al hombre que me amparó: yo soy Vincent Moon. Ahora desprécieme.

(1942






Leyendas
Irlandesas



Cabalgaba por un bosque cerrado y oscuro, a la caza del ciervo, un caballero llamado Pwyll, señor de las tierras de Dyfed. Habíase quedado solo, y hasta la vista de sus propios perros había perdido entre tanta espesura. Por eso se extrañó y su caballo se removió inquieto cuando vio aparecer entre los árboles un ciervo a la carrera, perseguido de cerca por una manada pequeña de perros que no eran los suyos, ladrando y aullando enloquecidos. Su primer impulso fue seguirlos, pero enseguida se dio cuenta de que los perros no eran normales: tenían las orejas completamente rojas, como brasas brillantes que refulgían en medio del pelaje blanco. Todo buen galés sabe que eso es mala señal, pelirrojos son los hombres y las mujeres tocados por las hadas, y lo mejor es alejarse de ellos. Así lo hizo el cazador, pero ya era demasiado tarde. Había traspasado los límites del Reino de las Hadas, llamado Annwn, la Tierra de los Muertos.

Entre las brumas que de repente parecían trepar por los troncos apareció un hombre montado a caballo, al paso. Por los belfos, el animal humeaba aliento caliente. Bajo un yelmo de brillante plata, el extraño habló:

-Esperaba más de vos, Pwyll. Confiaba en contar con vuestros brazos en esta cacería...

-Siento haberos defraudado, señor, pero pensé que era ajeno...

-Pues hicistéis mal al no seguir vuestro primer impulso: la pieza se ha perdido.

-Lo siento de veras, señor, y si en mí está el arreglarlo, os ofrezco cuanto soy y tengo en reparación de tal afrenta, mi señor. Más decidme, ¿cuál es vuestra gracia?

-Mi nombre es Arawn, rey de Annwn, y no esperaba menos de vos. El Hado ha querido reunirnos aquí y ahora y vuestro compromiso es bienvenido y aceptado.

-Sea, mi señor Arawn. Decídme que queréis de mí.

-Puesto que aceptáis antes de escuchar, sabed que vuestra lanza deberá erguirse en vuestro brazo al término de un año. Sois el elegido para batiros en duelo contra mi enemigo, el

caballero Havgan, que se ha apropiado de buena parte de mis tierras.
-De nobles es ofrecer antes de pedir, mi señor. Nunca rechacé un lance, y no lo haré al término de un año, que sea aquí donde nos reunamos.
-Sea pues este el lugar, el bosque de Glyn Cuch, pero escuchad, durante este tiempo vos seréis Arawn y yo seré vos, vos gobernaréis mis tierras y mis gentes en Annwn y yo lo haré bajo vuestra misma apariencia en vuestro reino, Dyfed. Nadie sospechará nada, pues la figura de Arawn será la vuestra, y la de Pwyll será la mía. Ese es el trato. Ahora, cabalguemos hacia nuestros nuevos destinos, y volveremos a vernos cumplido un año.

Volvió grupas el rey de Annwn, pero apenas había recorrido unos metros cuando volvió, gritando:
-Un momento, Pwyll, debéis saber que mi enemigo Havgan, goza de mágicas protecciones. Cuando os enfrentéis a él, dadle sólo un golpe, y no le déis el de gracia, pues si lo hicieráis reviviría con igual fuerza.

Corcoveaba nervioso el caballo mientras el Rey de las Hadas hablaba, y al fin arrancó al galope, perdiéndose entre los árboles, camino de Dyfed. Pwyll apenas salía de su asombro, pero la palabra estaba dada. Parecía que su montura conociera el camino, pues en breve lo llevó hacia un castillo, que supuso era el que iba a tener que gobernar durante un año bajo la apariencia física de Arawn.

Mas, no había supuesto Pwyll que los problemas vendrían después de tratar con guerreros, terratenientes y ciudadanos. Esa parte fue fácil, la justicia fluía de sus manos pues tenía la verdad asentada en su mente. Lo difícil vino cuando se retiró a sus habitaciones al término del primer día.

Allí lo esperaba la mujer de Arawn, pensando que era él, y deseando, supuso, el mismo trato de todas las noches. La mujer era bella, como sólo pueden serlo las hijas de las hadas. El compromiso era gobernar un territorio, mas no mancillar sus posesiones, pensaba en su interior Pwyll, por eso se mantuvo firme, se volvió contra la pared de piedra, en silencio, sin contestar a las preguntas ni a los ruegos de la desconcertada esposa. Toda la noche la pasó así, y tras la primera noche, las siguientes, hasta cumplir el año acordado.

Entonces fue Pwyll en la figura de Arawn con sus pertrechos de combate al vado del río en medio del bosque de Glyn Cuch, y allí estaba esperando Havgan, su enemigo, impresionante con su armadura negra y su lanza inmensa. Y no se lo pensaron dos veces, que tal como se vieron se calaron los yelmos, empuñaron las picas y lanzaron a galope las monturas envueltas en bardas volando al viento. El choque fue brutal. Havgan dejó caer su lanza, estaba malherido y a duras penas se mantenía en la silla:

-Por compasión, termina lo que empezaste, remátame y vuelve vencedor- gritó el guerrero. Pero Pwyll recordó lo que le dijó Arawn y no quiso embestir de nuevo, aunque estaba preparado:
-Sé con seguridad que me habría de arrepentir si tratara de terminar contigo con otro mandoble; no habra más te digo.

Con un torva mirada, comprendiendo que su final estaba cerca, Havgan el usurpador llamó a sus criados y éstos se lo llevaron de allí. Pwyll, todavía bajo la apariencia y pertrechado con las armaduras de Arawn, recorrió todas las tierras, castillos y señoríos, y los recuperó para Annwn. Sólo entonces volvió al bosque. Ya lo esperaba allí el verdadero Arawn, sonriendo.
-Sabía que confiaba en un buen hombre y un gran guerrero. Recupera tu físico, pues has cumplido de sobras con tu palabra, vuelve a Dyfed y ve lo que allí he hecho en este año.

Volvió Pwyll a la carrera, y convocó a sus caballeros. Y les pidió que con sinceridad respondieran sobre cómo había gobernado durante el último año. Y todos a una respondieron que nunca hubo mayor justicia, ni más dones de su mano, ni mejor suerte para tierras, animales y gentes. Y Pwyll agradeció en su interior a Arawn los favores recibidos.

Por su parte, Arawn regresó a su reino y lo encontró como esperaba, pero cuando se reunió con su esposa esa noche, y la abrazó, y la besó, y la cubrió de caricias como antaño, no recibió ni palabras ni caricias ni besos de ella. Y cuando le preguntó por qué era así con él, ella le respondió que no hacía más que comportarse como él había hecho durante un año. Y entonces Arawn comprendió, y le contó

la verdad a su esposa, y ésta se alegró, y folgaron, y fueron felices, y ella le dijo:
-Prueba mayor de amistad no existe en el mundo. Agradece a los dioses haber topado entre los mortales con un verdadero amigo, y no lo pierdas; ni a él, ni tampoco a mí, si osarais enfrentarme de nuevo a la duda.

Ambos reyes y sus descendientes mantuvieron la amistad desde entonces, y se intercambiaron regalos: caballos de guerra, perros de caza, armaduras y cadenas. Y el rey Arawn dio a su amigo el nombre de Señor de Anwn para siempre.

Los Tuatha de Danann

La tribu de los fomorios se encontraba ya en el territorio mucho antes de que llegasen a Irlanda las demás razas. Sin embargo, éstos vivían principalmente en el mar. La primera raza no autóctona en invadir Irlanda fue la de Partholon, y se sabe muy poco de ella. Tras 300 años de lucha contra los fomorios, los partholos murieron de una epidemia.
Posteriormente, llegó la raza Nemed, que fué también víctima de una epidemia, pero, esta vez, sobrevivieron algunos, aunque sólo para ser esclavizados por los crueles fomorios. Los reyes fomorios Morg -hijo de Dela- y Connan -hijo de Febar- erigieron una torre de cristal en su baluarte de la isla de Tory, desde el que gravaron con un terrible impuesto a los nemedios. Dos terceras partes de los niños que nacían cada año debían ser entregadas a los fomorios durante el Samhain (31 de octubre). Tras la guerra iniciada para librarse de este impuesto, todos los miembros de la raza de Nemed fueron asesinados.

Más tarde, llegaron colonizadores desde tierras lejanas, los firbolg, que, en realidad, eran tres tribus: la de los hombres de Domnu, la de los de Gaillion y la de los del Bolg. Todos ellos se casaron entre sí y con los fomorios, convirtiéndose en aliados de éstos. Los recién llegados dividieron Irlanda en cinco

provincias que se unían en la colina de Balor, en West Meath, posteriormente denominada Colina de Huisnech. Todos estos pueblos practicaron extraños ritos mágicos y continuaron dominando el territorio hasta la llegada de los Tuatha De Danann.

Los Tuatha De Danann (hijos de la Diosa Dana) prosiguieron con la invasión de Irlanda. Algunas leyendas dicen que vinieron del cielo; otras, que procedían de islas lejanas. Las cuatro ciudades de las que eran originarios eran Findias, Gorias, Murias y Falias. Estaban muy dotados tanto para la poesía como para la magia y trajeron con ellos cuatro grandes tesoros: Las espadas de Nuada, de Findias; La terrible lanza de Lugh, de Gorias; la caldera de Dagda, de Murias y la Piedra de Fal (Lia Fal o Piedra del Destino), de Falias.

Los Tuatha De Danann llegaron en Beltane (1 de mayo), ocultos por una magia empleada por las deidades Morrigu, Badb y Macha, y se encontraron con los ejércitos firbolgs y fomorios en la Llanura del Mar, cerca de Leinster, donde comenzaron a negociar la paz y la partición de Irlanda, aunque a ello se opuso Eochaid, rey de los firbolgs.

En el Solsticio de Verano, ambos ejércitos se enfrentaron en las cercanías del pueblo actual de Cong, cerca del paso de Benlevi. Grupos de combatientes solitarios lucharon durante cuatro días. Nuada, el rey de los Tuatha De Danann, perdió su mano combatiendo contra Sreng, campeón de los firbolgs. El rey Eochaid murió, y los firbolgs se vieron reducidos a simplemente 300. En gesto de paz, los Tuatha De Danann les ofrecieron una quinta parte de Irlanda. El enemigo escogió Connaught.

Diancecht, médico de los Tuatha, fabricó para Nuada una maravillosa mano de plata que podía mover igual que si fuese real. No obstante, Nuada tuvo que abdicar, ya que no estaba permitido que ningún rey de los Tuatha tuviese ninguna disminución física. En un intento por asentar una paz permanente con los fomorios, el consejo tribal de los Tuatha envió un mensaje a Bress, hijo del rey Elathan, para que fuese su líder. Bress se mostró de acuerdo y contrajo matrimonio con Brigit, hija de Dagda. Simultáneamente, Cian, hijo de Diancecht, se casó con Ethniu, hija de Balor de los fomorios.



Bress prometió abdicar si, en un momento dado, su forma de gobierno no gustaba a los Tuatha, pero, al poco tiempo, comenzó a gravarlos con onerosos impuestos. No tuvo que transcurrir mucho tiempo para que Ogma se viese obligado a recoger leña y para que Dagda se viese limitado a erigir fuertes y ciudades para los fomorios. Para mayor humillación, Bress rebajó las cuotas de comida y leña a los Tuatha.

Llevaban ya los Tuatha De Danann algún tiempo sufriendo grandes penalidades, cuando el depuesto rey Nuada comenzó a tener problemas con su mano de plata a causa de una grave infección. El hijo y la hija de Diancecht, Miach y Airmid, respectivamente, fueron a ver a Nuada y, mediante métodos mágicos, le devolvieron al brazo su anterior mano cortada, haciendo, de este modo, que el rey se viese entero de nuevo. Por alguna razón, Diancecht mató a su hijo por trabajar éste la magia mejor que él.



En el ínterin, Bress era tan avaro con su hospitalidad como lo había sido con sus promesas, práctica no bien considerada por los Tuatha. Cuando el bardo Cairpre, hijo de Ogma y jefe de los Tuatha fue a visitarle, fue tratado con descortesía, siéndole proporcionados una alimentación y un alojamiento horribles. Al partir, Cairpre, le gastó una broma mágica a Bress, quien vio cubierta su piel por innumerables habones rojos. Los Tuatha insistieron para que Bress abdicase.

Bress se retiró bajo el mar, al reino de los fomorios, donde se quejó a su padre Elathan. Los ejércitos fomorios decidieron expulsar a los Tuatha De Danann de Irlanda.

Mientras Nuada celebraba su vuelta con un gran banquete en su capital de Tara, un extraño guerrero se acercó a las puertas de la ciudad y solicitó permiso para entrar. Se trataba de Lugh, hijo de Cian y de Ethniu y nieto de Diancecht.

El encargado de la puerta le negó la entrada, diciéndole que ninguna persona sin habilidades especiales podía entrar en la ciudad y añadiendo que ni si quiera el linaje ni la pureza de sangre constituían razones para romper esa costumbre.

Ante la negativa, Lugh comenzó a recitar todas sus habilidades: carpintero, herrero, guerrero profesional, arpista, poeta, brujo, médico, broncista, copero...; pero el encargado de la puerta se rió con tono despreciativo. Los Tuatha habían hecho ya su eleción. Entonces, Lugh envió un mensaje a Nuada en el que le preguntaba si había entre sus hombres alguno que tuviese tantas habilidades como él.

El rey no se sintió demasiado impresionado y le envió a su mejor jugador de fidhchell (antiguo juego de mesa irlandés) para que le retase. Lugh ganó todas las partidas, con lo que Nuada le admitió y le hizo sentar en el puesto destinado para el sabio, ya que Lugh lo era en todos los campos.



Los problemas con los fomorios iban de mal en peor, y Nuada decidió ceder su trono a Lugh durante trece días de guerra para que el poderoso guerrero pudiese así ponerse al mando de las huestes de los Tuatha De Danann y enfrentarse a sus enemigos. Goibniu, el herrero, prometió sustituir todas las espadas y lanzas en una sola noche por otras que garantizaban que su golpe o lanzamiento sería exacto y mortal. Credne, el broncista, se ofreció a fabricar remaches mágicos para lanzas, vainas para las espadas y rebordes para los escudos. Luchtaine, el carpintero, se obligó a suministrar todas las astas de lanzas y escudos. Mientras Dagda aplastaría al enemigo con su gigantesca maza. Ogma planificó la muerte del rey fomorio y la captura de, al menos, una tercera parte de sus huestes. Diancecht se dispuso a devolver los muertos a la vida mediante su introducción en un caldero o pozo mágico. Otras deidades, druidas y encantadores prometieron ocultar los ríos y lagos y confundir al enemigo con actos de magia.

Los preparativos para la guerra duraron siete años. Durante todo ese tiempo que duró la planificación, Lugh envió mensajeros por toda Irlanda para convocar a los Tuatha. Cian, su padre, uno de los mensajeros, fue asesinado por los tres hijos del rey de Tuirenn, hijo de Ogma, con quien su familia había tenido desavenencias. Lugh encontró el cuerpo y supo de inmediato quienes habían sido sus asesinos. Pidió el pago en sangre a través de unas peligrosísimas tareas que los tres hombres tendrían que realizar y a las que él sabía que no podrían sobrevivir. Murieron los tres mientras llevaban a cabo la última de ellas.

Justo antes de la batalla, cuando Dagda reconocía el terreno, se encontró con Morrigu, diosa de la guerra, mientras ésta se bañaba en el río. A cambio de yacer con ella, ésta le prometío la victoria en combate.

Los dos ejércitos se encontraron en la víspera de Samhain y, de nuevo, se ciñieron en una serie de combates singulares. Esta vez, sin embargo, los Tuatha De Danann curaban sus heridas al día siguiente, apareciendo también como nuevas sus espadas y lanzas.

Los fomorios comenzaron a sospechar y enviaron a Ruadan, hijo de Bress y de Brigit a averiguar lo que pasaba. Mientras Ruadan espiaba a Goibniu, decidió que el herrero debía morir. Con una lanza atravesó el cuerpo de Goibniu, pero el enorme hombre se la sacó y mató con ella al fomorio. Diancecht y Airmid sumergieron inmediatamente el cuerpo de Goibniu en el pozo sanador, con lo que salió curado. Como venganza, un grupo de fomorios se las arregló para cegar el pozo con piedras, destruyéndolo para siempre.

Por fin los dos ejércitos se aprestaron para el combate final. Un consejo de hombres de los Tuatha, considerando que Lugh era lo demasiado vulnerable como para perderlo en batalla, lo colocó en la retaguardia, pero él se escapó de sus nueve guardaespaldas y huyó al frente en un carro. Ogma mató a Indech, hijo de la diosa Domnu, y Balor, a Nuada y Macha.

Lugh retó a Balor el del Ojo Maligno -su abuelo-, que era quien mandaba en las fuerzas enemigas. Cuando los fomorios comenzaron a abrir el ojo de Balor, que podía destruir a todo el que estuviera a su vista, Lugh, con la ayuda de una piedra mágica que llevaba consigo, hundió el ojo hacia la parte trasera de la cabeza de Balor, haciendo que el ojo mirase hacia los fomorios, matando así toda una hilera de enemigos, aunque otra versión dice que Lugh tuvo que hacer uso de su enorme lanza para sacar el ojo de Balor.
Ganaron la batalla los Tuatha De Danann, que empujaron a los restantes fomorios al mar. Morrigu y Babd subieron a lo alto de las montañas más elevadas para proclamar la victoria, pero Babd profetizó

el fin de los dioses, profecía que se vio cumplida cuando llegaron los celtas gaélicos mortales, los denominados milesios.

En Aileach (Londonderry), tres hijos de Ogma -nietos también de Dagda-, reinaban tras la muerte de Nuada. El primer barco de milesios llegó, y sus tripulantes expresaron un gran interés por Irlanda, lo que, como era natural, molestó a los Tuatha De Danann, quienes mataron a Ith, jefe de los milesios, aunque éstos escaparon para contar la traición de que habían sido objeto. Las demás embarcaciones milesias, mandadas por el druida Amergin, llegaron a tierra, y sus tripulantes marcharon sobre Tara. Se produjeron dos grandes batallas, ambas pródigas en hechos mágicos en los dos bandos. Vencidos, los Tuatha se retiraron al interior de la Tierra.

A pesar de su retirada, los Tuatha todavía contaban con poderes para ayudar o dañar. Dagda comenzó a destruir las cosechas de cereales y la leche hasta que los milesios firmaron un tratado de paz con los antiguos dioses. La base de este tratado era la de que los Tuatha recibirían ofrendas y homenajes de los milesios.

Algunos de los Tuatha De Danann optaron por partir a una lejana isla que había al Oeste y que recibía el nombre de "Tierra de los Jóvenes" (Tir Nan Og) o "Isla de Breasal" (Hy-Breasil). El dios marino Manannan mac Lir partió con ellos, aunque, de vez en cuando, volvía de visita a Irlanda.

A aquellos Tuatha que se quedaron, Dagda, su nuevo rey, les concedió viviendas, asignando a cada uno un "sidhe" (colina o altozano), constituyendo cada uno de éstos la entrada a un maravilloso mundo subterráneo. De esta forma, los dioses celtas fueron conocidos por el nombre de Aes Sidhe (Gente de las Colinas). Cada dios era un Fer-Sidhe (Hombre de la Colina), y cada diosa, una Bean-Sidhe (Mujer de la Colina).
J.R.R. Tolkien se basó en esta raza de dioses celtas para crear a la etnia de los elfos en sus novelas como El Silmarillion, El Hobbit y El Señor de los Anillos.



La Leyenda de Cú Chulainn

Cú Chulainn significa el "perro de caza de Cullan". Cuando era niño su nombre era "Setanta" que significa "el pequeño". Se convirtió en Cú Chulainn cuando mató al perro guardián del herrero Cullan, y así prometió guardar la casa de los herreros en lugar del perro. Cú Chulainn es uno de los grandes héroes irlandeses. Los hechos más famosos de este héroe se encuentran en la saga Táin Bó Cualgne (el robo de ganado de Cooley).

Su propio nacimiento tiene ya características mágicas, pues tiene un padre divino y otro mortal. La madre de Cú Chulainn era Dechtire, hija del druida Cathbad quien era, a su vez, consejero del rey Conchobar. Fue Cathbad quien predijo que Cú Chulainn sería un gran guerrero, pero que moriría joven. Al poco de casarse Dechtire con Sualtam, hermano del depuesto líder de Ulster Fergus, huyó junto con sus cincuenta damas al más allá convertidas en bandada de pájaros. Durante el banquete de boda tragó una mosca que le hizo soñar con el dios solar Lugh, que fue quien le dijo que emprendiera ese viaje. Cathbad tranquilizó a su yerno diciendo que Dechtire sólo había ido a visitar a sus parientes, puesto que su abuelo materno era Oenghus. Lo cierto es que Lugh retuvo a Dechtire en el más allá durante tres años. Cuando Dechtire y sus damas regresaron a Emain Macha -la fortaleza de los reyes de Ulster- en forma de pájaros de brillantes colores, Dechtire esperaba un hijo de Lugh, Setanta. Sin embargo, Sualtam estaba tan feliz de tener de vuelta a su esposa que aceptó al muchacho como si fuera su propio hijo.

Desde joven Setanta aprendió las artes de la guerra, pero nadie fue consciente de su fortaleza y bravura hasta que mató a un enorme perro con las manos desnudas. El buen herrero Culann vivía solo, plenamente entregado a su trabajo. Para cuidado de sus cosas y rebaños, tenía, como guardián, un enorme perro. En cierta ocasión, el rey Conchobar recibió invitación de su artesano para que compartiese



Cú Chulainn aparece de forma regular en la iconografía nacionalista irlandesa. Atado a una piedra, para permanecer de pie a pesar de estar herido, muerto en combate, defendiendo la tierra natal, es un símbolo fácil de comprender para cualquiera que tenga corazón y fue desde el principio adoptado por los independentistas irlandeses.



la mesa de un simple forjador. El soberano, que conocía el estilo de vida del herrero, procuró presentarse con poca comitiva. Cuando se dirigía a casa de Culann, vio que su sobrino Setanta estaba venciendo a unos cincuenta muchachos en juego de competición. Quedó tan maravillado de la fuerza y destreza del niño, que lo invitó a que lo acompañase, como si ya fuese uno de sus guerreros. Pero Setanta quiso terminar las pruebas. Cuando Conchobar llegó a casa del herrero ya no se acordaba de que había de llegar su sobrino. El herrero cerró las puertas del muro que rodeaba su casa y dejó suelto al perro como guardián ante la puerta. Cuando el niño llega, penetra en el cercado y el perro se abalanza contra él. Pero en el momento en que el perro abre la boca, Setanta le coloca, en la garganta, una bola de las que se utilizaban en las competiciones. No termina aquí la cosa: lo estrangula y lo arroja contra la pared, estrellándole la cabeza contra uno de los pilares de la entrada.

Los invitados salen de la casa para ver que ocurre y ven a un niño de seis años junto al perro destrozado. Al ver aquello Culann se entristece sobremanera. Aquel perro era su compañero inestimable, su colaborador más fiel. Setanta intenta consolarle: "No te apenes. Te regalaré un cachorro que, cuando sea mayor, te prestará el mismo servicio que hasta hoy ha cumplido tu perro guardián. Mientras el perro crece, yo haré las veces de guardián como si fuese tu perro". Culann agradeció el gesto pero declinó la oferta. Y por aquella bella acción, el druida Cathbad puso a Setanta un nuevo nombre: "El perro de Culan", con el que, desde entonces, fue conocido por todas las gentes del Ulster e, incluso, allende aquellas tierras.

Siendo aún un muchacho, Setanta inicia un complejo proceso ritual que le conducirá a la adquisición final de la condición de guerrero, momento que sucede cuando escucha los buenos augurios del druida para quien en ese determinado día tomará las armas, cosa que él exige y consigue de manos del rey, no sin antes haber destrozado varios juegos hasta encontrar las apropiadas a su fortaleza.

Cú Chulainn era muy admirado por todas las mujeres. Se enamoró de Emer, hija de Fogall, un astuto jefe de clan cuyo castillo estaba cerca de Dublín. Cú Chulainn pidió la mano de la muchacha, pero su padre, que se negaba a la unión, indicó que Cú Chulainn todavía tenía que consolidar su reputación

como guerrero, sugiriendo que aprendiera del campeón escocés Domhall. Cú Chulainn supo por Domhall que el mejor maestro de armas era Scathach, una princesa guerrera de la Tierra de las Sombras. Así que partió hacia el misterioso lugar y se puso a su disposición. Scathach le enseñó su famoso paso de combate. El joven héroe fue adiestrado por ella durante un año y un día y se hizo amante de su hija Uathach. Aparentemente, Scathach temía por la seguridad de Cú Chulainn, y procuró sin éxito que no se enfrentara con la amazona Aoifa, enemiga declarada de Scathach. Sin embargo lo hizo y logró vencerla valiéndose de la astucia, tras lo cual se convirtió en su amante y tuvo un hijo con ella, el infortunado Conlai, que más tarde Cú Chulainn dio muerte, ya que cuando el joven vino desde la Tierra de las Sombras a visitar el Ulster no se reconocieron y el enfrentamiento fue inevitable. Desgraciadamente, el anillo de oro que llevaba Conlai delató su identidad cuando ya era demasiado tarde.

Aunque Cathbad había alertado que cualquiera que mantuviera su primer combate en un día fijado de antemano estaba destinado a tener una vida corta, Cú Chulainn, impaciente por luchar contra los enemigos de Ulster, blandió de inmediato sus armas contra tres guerreros semidivinos llamados Foill, Fannell y Tuachell y sus numerosos seguidores, matándolos a todos. En ese combate Cú Chulainn mostró por vez primera su frenesí bélico y su transformación en el momento de la batalla: su cuerpo se estremecía violentamente; los talones y las pantorrillas se giraban hacia adelante; un ojo se le adentraba en la cabeza mientras el otro sobresalía, enorme y rojo, en la mejilla; la cabeza de un hombre le cabía entre las fauces; su boca se deforma hasta las orejas; el pelo se le erizaba como espino, con una gota de sangre en cada punta; y en lo alto de su cabeza se elevaba, como el mástil de un barco, una gruesa columna de sangre oscura. Como al volver en su carro "engalanado con las cabezas sangrantes del enemigo" aún tenía en el cuerpo el frenesí de la batalla, sólo gracias a una treta de la reina del Ulster, Mughain, se salvó la situación. La Reina envió fuera de las defensas del castillo a un grupo de unas ciento cincuenta muchachas desnudas que llevaban tres tinajas de agua fría. Introdujeron en ellas con suavidad al asombrado y ruborizado Cú Chulainn: la primera estalló, en la segunda el agua hirvió furiosamente y la tercera ya sólo se puso muy caliente. De esta forma fue aplacado el guerrero tras su primer baño de sangre.

Cú Chulainn acude a la batalla montado en su carro conducido por su auriga Laeg, quien también cuenta con ciertos poderes sobrenaturales, y tirado por dos caballos que nacieron durante el periodo de su concepción. Entre las armas del héroe destaca la lanza conocida como Gae Bulga, arma terrible que provoca la muerte instantánea al ser arrancada.

Finalmente, Cú Chulainn regresó a la fortaleza de Fogall para casarse con Emer, que no se la quiere dar en matrimonio. Cú Chulainn combate con todos los guerreros del padre de Emer, a los que da muerte y logra rescatar a la princesa, que su padre había encerrado en un castillo de imposible acceso, a no ser para un héroe como el audaz enamorado.

Sus hazañas en combate son innumerables, protagonizando especialmente el relato conocido como Táin Bó Cuailnge, "El Robo de Ganado de Cooley", donde él solo libra al Uladh de la amenaza de la reina Medb de Connacht. Como corresponde a su carácter semidivino, Cú Chulainn entra en contacto con los dioses, tanto con su padre Lug, como con las diosas guerreras Morrigán, Nemain y Badb, e igualmente realiza incursiones en el Más Allá. De aspecto hermoso es deseado por todas las mujeres con las que se cruza, lo que provoca los celos de su esposa Emer, quien le hace pasar por una serie de pruebas sobrenaturales antes de casarse con él. El concepto del honor es tan importante en el héroe que mata a su único hijo por salvar el reino.

Aclamado campeón de Irlanda en un concurso de cortar cabezas, en poco tiempo Cú Chulainn fue invencible en el combate, destreza que le iba a resultar muy necesaria en su última batalla, un combate épico preparado por la reina Medb (o Maeve), señora de Connacht, en la que se enfrentó en solitario al ejército invasor de la reina. La principal razón, un robo de ganado a gran escala, era la búsqueda del famoso toro castaño de Cuailgne. Pero el tirano dirigente del Ulster, el rey Conchobar Mac Nessa, intervino también reclutando a rebeldes del Ulster y otros muchos irlandeses en el bando de la reina Medb. Una profecía le había anunciado que vería su ejército cubierto de "escarlata y rojo" por culpa del valor de Cú Chulainn, pero estaba decidida a llevar a cabo la invasión y, además, contaba con tres bazas a su favor. La primera, que el gran héroe tenía como enemigos a la familia de Calatin,





cuyas hijas eran brujas. Justo en su último paseo con su fiel auriga Laeg, las brujas le hechizaron quemándole un hombro y una mano. La segunda, que atacó cuando los hombres de Ulster estaban en un mal momento por la maldición de Macha, que les impedía luchar durante cinco días y sus correspondientes noches. Y la tercera, que Cú Chulainn había perdido el apoyo de la diosa Morrigan, señora de la guerra (que se convertirá posteriormente en el hada Morgana), al rechazar su amor. Finalmente lanza todas las fuerzas de Irlanda, combinadas por el hijo de Cú Roi, contra el campeón de Uladh. Durante tres meses no cesan las luchas, de uno en uno o por grupos, Cú Chulainn siempre sale vencedor. No importa demasiado las heridas que recibe. Por la noche, Lugh, el de largos brazos, acude a su lado para curarle con bálsamo de recuperación. Sin embargo, Cú Chulainn combatió a pesar de todo y rechazó el avance del ejército de la reina Medb por medio de astutas tácticas y sorprendentes ataques hasta que el efecto de la maldición de Macha se desvaneció y los aturdidos guerreros reaccionaron a la llamada a las armas de Sualtam Mac Roth. Sin embargo, esta ayuda llegó tarde para Cú Chulainn que, acorralado por el enemigo, fue vencido a pesar de la intervención de su padre, el dios solar Lugh. Su único acompañante, Laeg, resultó herido por una lanza y el propio Cú Chulainn sufrió una terrible herida en el estómago que ni Lugh pudo curar. Finalmente, el campeón del Ulster se ató a una piedra vertical para poder luchar hasta el último aliento. En cuanto murió, Morrigan se posó en su hombro en forma de cuervo y el hijo de Cú Roi se ensaña con el cuerpo muerto del héroe cortándole la cabeza y la mano derecha, en señal de triunfo y abandonando el cuerpo a las aves carroñeras. Conall, su hermanastro, consiguió reunir todos los trozos, pero Ulster lloró amargamente la muerte de su campeón. Además, su fama era tal que las proezas de Cú Chulainn influyeron en el desarrollo de la leyenda artúrica en Gran Bretaña y Francia.



POBLACHT NA H EIREANN.

THE PROVISIONAL GOVERNMENT
OF THE
IRISH REPUBLIC
TO THE PEOPLE OF IRELAND.

IRISHMEN AND IRISHWOMEN: In the name of God and of the dead generations from which she receives her old tradition of nationhood, Ireland, through us, summons her children to her flag and strikes for her freedom.

Having organised and trained her manhood through her secret revolutionary organisation, the Irish Republican Brotherhood, and through her open military organisations, the Irish Volunteers and the Irish Citizen Army, having patiently perfected her discipline, having resolutely waited for the right moment to reveal itself, she now seizes that moment, and, supported by her exiled children in America and by gallant allies in Europe, but relying in the first on her own strength, she strikes in full confidence of victory.

We declare the right of the people of Ireland to the ownership of Ireland, and to the unfettered control of Irish destinies, to be sovereign and indefeasible. The long usurpation of that right by a foreign people and government has not extinguished the right, nor can it ever be extinguished except by the destruction of the Irish people. In every generation the Irish people have asserted their right to national freedom and sovereignty; six times during the past three hundred years they have asserted it in arms. Standing on that fundamental right and again asserting it in arms in the face of the world, we hereby proclaim the Irish Republic as a Sovereign Independent State, and we pledge our lives and the lives of our comrades-in-arms to the cause of its freedom, of its welfare, and of its exaltation among the nations.

The Irish Republic is entitled to, and hereby claims, the allegiance of every Irishman and Irishwoman. The Republic guarantees religious and civil liberty, equal rights and equal opportunities to all its citizens, and declares its resolve to pursue the happiness and prosperity of the whole nation and of all its parts, cherishing all the children of the nation equally, and oblivious of the differences carefully fostered by an alien government, which have divided a minority from the majority in the past.

Until our arms have brought the opportune moment for the establishment of a permanent National Government, representative of the whole people of Ireland and elected by the suffrages of all her men and women, the Provisional Government, hereby constituted, will administer the civil and military affairs of the Republic in trust for the people.

We place the cause of the Irish Republic under the protection of the Most High God, Whose blessing we invoke upon our arms, and we pray that no one who serves that cause will dishonour it by cowardice, inhumanity, or rapine. In this supreme hour the Irish nation must, by its valour and discipline and by the readiness of its children to sacrifice themselves for the common good, prove itself worthy of the august destiny to which it is called.

Signed on Behalf of the Provisional Government,

THOMAS J. CLARKE.
SEAN Mac DIARMADA. THOMAS MacDONAGH.
P. H. PEARSE. EAMONN CEANNT.
JAMES CONNOLLY. JOSEPH PLUNKETT.